



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

# La Confección del Periódico

por

**LUIS-FERNANDO BANDIN RAMOS**

*Madrid*

*12*

*abril*

*1955*

CLUB DE PRENSA DE MADRID

*Círculo Jaime Balmes*

**S**ERÍA lógico comenzar esta conferencia con un estudio de la historia de la confección de periódicos, pero correría el riesgo de que este estudio resultase pesado e ineficaz al no existir la posibilidad de mostrar aquí una selección de ejemplares como exponente de cada etapa y que vendrían a ser los protagonistas de una curiosa historia gráfica de la técnica periodística. Por ello, sin detenerme en nombres ni fechas, me limitaré a reseñar de una manera breve la historia de la confección.

Generalmente, los primeros periódicos eran, en su aspecto, muy parecidos a un libro o mejor dicho a un folleto. La portada llevaba únicamente un título indicador del contenido del periódico. Eran éstas las antiguas «relaciones». Poco a poco, el título fue disminuyendo de tamaño permitiendo en la misma cubierta la inserción de mayor cantidad de texto. Se llegó así

a la «invención» de la cabecera del periódico y al «descubrimiento» de la primera página. Este descubrimiento impuso un criterio de selección del material informativo y constituye un paso importante en la historia de la confección. Pero, a partir de aquí, quedaba todavía mucho camino por recorrer.

Dando un salto en el tiempo podemos trasladarnos a una época relativamente cercana. Todos recordamos aquellos periódicos de hace veinticinco años con sus largas columnas de plomo y páginas carentes de agilidad. Puede decirse que la valoración de la noticia se hacía con un criterio lineal: es decir, teóricamente, el trabajo del ajuste se realizaba en este caso como si se colocasen las noticias en la platina por orden de importancia, formando una larga fila, y después se fuesen metiendo en las ramas, una tras otra, sin solución de continuidad, comenzando por la columna de entrada de la primera página hasta llenarlas todas.

Cabe aquí preguntar cuándo se comenzó a concebir un periódico con un criterio moderno de la técnica de la confección. Prescindiendo de periódicos extranjeros, cuyos nombres podrían resultar desconocidos, voy a referirme a un periódico español del cual casi todos ustedes recordarán la

aparición. Se trata del «Ya», diario de la tarde, fundado por la Editorial Católica muy poco tiempo antes de que nuestros periódicos tuviesen que sustituir las informaciones políticas y las noticias de crisis y algaradas por las crónicas de guerra, y de que a los titulares de primera página saltasen los nombres de pueblos humildes, como Brunete, junto a los de residencias imperiales como el Alcázar de Toledo y de santuarios como el de Santa María de la Cabeza, unidos todos en el interés y admiración de los españoles.

La aparición del entonces diario de la tarde «Ya» marca el principio de una etapa nueva en la técnica de la confección en España. En este periódico es donde se emplezan a utilizar todos los recursos de la tipografía. El periodista aprende a aplicar la técnica tipográfica en beneficio de los lectores. Un arte antiguo: el arte que nació en Maguncia gracias a los trabajos de Gutenberg, se convierte en un arte nuevo, lleno de recursos, al ponerse al servicio del periodismo. Nace así para nosotros la confección. Hasta que se alcanza esta etapa no se puede llamar confección a la operación de montar las páginas de un periódico.

¿Qué es y en qué consiste esta confección? La Academia de la Lengua no ha admitido este vocablo en lo que

respecta a su acepción periodística. Según la definición de su diccionario confeccionar es: «hacer, preparar, componer, acabar, tratándose de obras materiales». Los franceses llaman a confeccionar «mettre en page»; los ingleses: «lay out». En Hispanoamérica definen la confección como «armado del periódico».

Un alumno de la Escuela de Periodismo nacido en la China, que hoy lucha contra la invasión comunista, decía en un ejercicio que «confeccionar un periódico es como tejer una tela». Tal vez esta bella definición sea entre todas las que se pueden dar, la que resulte más exacta a pesar de su ausencia de sentido técnico. La labor del confeccionador consiste, en efecto, en tomar unos hilos que son el material informativo y construir con ellos unas telas que son las páginas del periódico en tal forma que el lector las encuentre interesantes y bellas.

En los dos adjetivos antedichos se define el criterio que ha de ser norma y guía del confeccionador, criterio atendido a dos fines: interés y belleza. El interés lo impone el propio criterio periodístico; la belleza, el artístico. Fundidos, marcan el camino de la formación profesional del confeccionador y de su actividad a lo largo del ejercicio de su especialidad dentro del periodismo.



El confeccionador no puede ser más que un periodista que a los suficientes e imprescindibles conocimientos profesionales una un cierto dominio de las Artes Gráficas y que tenga un sentido de la armonía. Teóricamente puede esto parecer bastante para que un hombre normal confeccione un periódico, pero en la práctica son necesarias algunas cosas más. Voy a enumerarlas: nervios bien templados, paciencia sin límites, agilidad mental, facilidad para la improvisación, dotes para la organización y resistencia física. Igualmente se requiere un sentido del deber y un espíritu de sacrificio casi castrenses. Todo ello dando por supuesto un gran amor a la profesión y a eso tan sencillo y tan complicado tan misterioso para el hombre de la calle y aun para algunos periodistas, que se llama imprenta.

Podrá tacharse de exageración atribuir a un confeccionador, como necesarias, estas cualidades; pero quien conozca a fondo el trabajo de un periódico sabe que no existe exageración en ello. La razón es simple: el confeccionador es el último eslabón de una cadena, redacción, y el primero de otra, imprenta. El es el elemento de unión entre estas dos secciones: redacción e imprenta y de él depende, en gran parte, que el enlace se realice de una manera eficaz.

Esto supone para el confeccionador una absoluta dedicación a su trabajo con vistas a no perder un instante en el envío de originales, y no sólo no perderlo sino, si le es posible, ganarlo. Ha de estar siempre dispuesto a reformar todos sus planes de confección ante el acontecimiento inesperado o, como con frecuencia ocurre, ante órdenes superiores que no puede desoír. Tiene que saber prescindir cuando es necesario, y es necesario con excesiva frecuencia, hasta de sus horas de comer. Y por añadidura ha de mantener los nervios bien templados ante la constante alerta del reloj, al cual bien se puede calificar como de su mayor enemigo.

Resultaría una perogrullada decir que el reloj no retrasará su marcha aun cuando haya sobrevenido un acontecimiento sensacional; pero quizá no lo sea tanto decir que de esta indiferencia del reloj participan, a veces, algunos redactores. Así es: tales redactores no se dan cuenta de que una información a la cual juzgan con importancia suficiente para entretenerse en la calle y por lo tanto llegar tarde a la redacción, emplear en redactarla excesivo espacio y tiempo y como consecuencia retrasar su envío a la imprenta, no justifica casi nunca un aplazamiento del cierre con exposición de la pérdida de los correos, que na-

turalmente, y al igual que el reloj, no alterarán su funcionamiento por estas circunstancias.

Tal vez en sus relaciones profesionales con sus compañeros es donde el confeccionador ha de poner más a prueba su paciencia, precisamente porque se trata de cuestiones menudas. Es frecuente que lluevan sobre él toda clase de reclamaciones: unas veces por la no publicación de alguna nota de sociedad que les interesa por motivos de amistad o familia, otras, por lo que sólo con buena voluntad se pudiera llamar «noticia», para la cual no hubo sitio... etc. Generalmente las reclamaciones de este tipo se refieren a cosas sin otro interés que el particular del reclamante ya que no es normal que una vez cerrado el periódico se quede en la platina ninguna noticia de verdadero interés.

Si, por ejemplo, obligado por razones de espacio, el confeccionador corta una información, lo cual quiere decir suprimir algunas líneas, está expuesto a que aquel mismo día o al siguiente se le comunique que donde cortó estaba precisamente el interés y la explicación del texto. Y en lo que respecta a defectos de impresión o erratas de imprenta puede asegurarse que la plantilla en pleno del periódico estará dispuesta a presentarle reclamación a cada fallo, como si del con-

feccionador dependiera el funcionamiento de la estereotipia o de la rotativa, pongamos por caso. Hasta los errores que pueda haber en los cuadros de los crucigramas que envían—las más de las veces ya dibujados—las agencias, serán objeto de advertencia al confeccionador. Yo puedo atestiguarlo porque he recibido constantemente durante una temporada las admoniciones, llamémoslo así, de un redactor por este motivo.

Recientemente ha sido vendido en Viena, en veinte mil libras esterlinas, un ejemplar de una biblia editada en Amberes en 1631. La edición fué quemada y éste a que se alude, vendido en Viena, fué el único ejemplar que se salvó, se ignora en virtud de qué circunstancias. El auto de fe lo motivó la siguiente errata: omisión de la negación al enunciar uno de los mandamientos que quedó expresado así: «Tomarás los bienes de tu prójimo». El impresor también fué purificado por el fuego. Pues bien: tal es la obsesión que puede llegar a causar en el confeccionador las erratas y las reclamaciones subsiguientes que llegará a sentirse impresionado por lo que pudiéramos llamar «complejo de hoguera». Tanto más cuanto que lo grave de las erratas es que casi siempre se descubren cuando ya no tienen remedio. Ocurre con ellas como con las

armas de fuego de las cuales se dice que parece que las carga el diablo y que las descarga también el diablo.

Hace unos cuantos años era yo confeccionador de un diario que se había constituido en cooperativa y que por ello dedicaba una sección a la Obra Sindical de Cooperación. Esta sección llevaba un título fijo: «Cooperación», palabra grabada en un negativo. Una tarde, al repasar el periódico una vez terminada la tirada, me encontré con la tremenda sorpresa de ver, debajo de dicho título —«Cooperación»— la fotografía de unos novios y la reseña de su boda. La explicación es simple: el ajustador había confundido los negativos, el que llevaba la palabra «Cooperación» con el que ostentaba la indicada en aquel caso: «Sociedad».

Peor fué lo ocurrido en otra ocasión. Al llegar una mañana al periódico me encontré a los compañeros alborozados: la causa era una errata del día anterior que yo no había descubierto todavía. Se publicaba la concesión de un premio literario con la reseña de rigor: «...reunido el jurado se acordó... dar el premio a don Fulano de Tal... etc., etc.» Y debajo, en letra cursiva, dos líneas que decían: «¡La última vez, maldita sea tu estampa!»

En este caso la explicación es la siguiente: sobre este suelto iba la sec-

ción de tribunales que se componía en cursiva y que el redactor de la sección hacía siempre en forma dialogada. Al efectuar las correcciones, en esa forma misteriosa en que ocurren las cosas en las imprentas, esas dos líneas, que correspondían a la reseña de tribunales, fueron a parar debajo del suelto que daba cuenta del premio.

Llevo ya unos cuantos años confeccionando periódicos y revistas; sin embargo, cuando cada día repaso el periódico recién tirado, lo hago con miedo esperando siempre la errata catastrófica.

Para evitarme esto que he llamado «complejo de hoguera», suelo echar mano de una teoría que, como recurso, recomiendo también a los demás. Es ésta: que si bien un perro plagado de pulgas llega a sentirse desgraciado, un perro sin ninguna pulga llega a sentirse aburrido. Una pulga de vez en cuando introduce un poco de amenidad en su vida. También en el periódico una errata de vez en cuando hará sonreír al lector que no le da la tremenda importancia que le damos los profesionales. Conste que digo «errata», errata de imprenta, no «error», que se filtra también con facilidad y no divierte a nadie.

Volviendo a las condiciones personales del confeccionador, sé que se me podrá decir que cualquier redactor

necesita las mismas condiciones, lo cual es cierto; pero debe considerarse que, normalmente, los redactores tienen otro tipo de compensaciones y estímulos de los cuales el confeccionador carece: popularidad, oportunidad de relaciones y el contacto, tan útil y agradable, con los redactores de sus mismas secciones en otros periódicos. El confeccionador queda siempre en el más absoluto de los anonimatos y se podría decir de él lo que Carlos III, en sus Ordenanzas, dice a sus oficiales: que «sólo su propio honor y espíritu deben estimularles a obrar siempre bien». En ello reside, precisamente, su grandeza y servidumbre, porque no hay mayor grandeza que obrar por razones y estímulos espirituales, ni hay nada que ocasione mayor servidumbre que esa clase de razones y estímulos.

Sin embargo, le queda al confeccionador una satisfacción que nadie puede disputarle y en la cual lleva ventaja a los demás redactores del periódico: la sensación que experimenta de que el periódico que sale cada día por los sacadores de la rotativa es obra suya.

Ocurre, y esto constituye un hecho normal, justificado y aun necesario, que cada redactor se mira en su sección o en su página; se interesa sobre todo por lo suyo, por su trabajo que es

su obra. Pero el confeccionador se interesa por todo el periódico. El, al terminar la jornada de trabajo, contempla el periódico con el mismo cariño para todas sus páginas y secciones y a todas puede aplicar el mismo espíritu crítico sin apasionamientos, con absoluta objetividad.

Este interés forzosamente polarizado de cada redactor hacia su obra personal nos lleva de la mano al tema de la organización del trabajo en el periódico, puente de paso para las normas de confección. Decía hace un momento que cada redactor está más pendiente del resultado de su labor que del conjunto del periódico. Esto es no sólo normal sino necesario. Tengo el criterio de que el éxito de un periódico está en razón directamente proporcional a la exigencia que se acumule en él. Cada redactor debe exigir —exigiéndose primero a sí mismo— la atención máxima para su sección. Si el redactor-jefe dirige y encauza estas naturales exigencias de cada redactor y exige a su vez a cada uno, se obtendrá un resultado positivo. También es necesario un trabajo en equipo, con espíritu de equipo: los componentes de las respectivas secciones con su jefe y estos jefes con el redactor-jefe.

Aun cuando nombro ahora por primera vez al redactor-jefe no ha sido por olvido por lo que ha quedado en



esta relegación aparente. El redactor-jefe, como es sabido, constituye la pieza fundamental de una redacción. El organiza cada día el plan de trabajo, y de su pericia, sus conocimientos profesionales, su agilidad mental y su sensibilidad depende, en gran parte, el éxito o el fracaso del periódico. Pero no me corresponde hoy a mí hablar de su misión sino que he de referirme a sus relaciones con el confeccionador.

Redactor-jefe y confeccionador han de trabajar en total compenetración. Salvando, naturalmente, el principio de autoridad del redactor-jefe, prácticamente no debe haber límites entre el trabajo del uno y del otro. En ellos es donde se hace más necesario el trabajo de equipo sin que haya recelos ni suspicacias por ninguna de las dos partes. Sólo así, con una unificación de funciones, unificación que podría llamarse privada, de puertas adentro del despacho, se obtendrán resultados que de otra manera no podrían lograrse.

El redactor-jefe se apoya en el confeccionador y confía en él. El confeccionador se convierte en el «alter ego» del redactor-jefe. Pero no es, sin embargo, suficiente con esto: es necesario también que el redactor-jefe posea un mínimo de conocimientos sobre confección que le permitan concebir

las cosas con un criterio plástico; y en cuanto al confeccionador, si ha de ser un eficaz segundo del redactor-jefe, tendrá que estar al corriente de los acontecimientos de cada día y tener conocimiento de la marcha, planes y situación de cada una de las secciones.

Cabe aquí advertir que el confeccionador ve obstaculizado su trabajo de montaje de las páginas cuando tropieza con un jefe de redacción que ignora todo lo referente a la confección de un periódico. Y a este respecto resulta oportuno hacer constar que un original redactado y titulado por un redactor que conoce la confección se amolda fácilmente a la idea del confeccionador. Será un original escrito pensando que está destinado a un periódico que ha de ser confeccionado lo cual le da ya una ventaja sobre otros originales en cuanto a adaptabilidad.

La idea del equipo redactor-jefe, confeccionador obliga a plantear esta pregunta: ¿es que no hay otra fórmula de trabajo para el confeccionador? Puede contestarse que sí la hay. Es frecuente que sea el redactor-jefe quien marque los originales y los envíe a la imprenta sin intervención del confeccionador que se limita, en este caso, a montar las páginas sobre la platina. También se da el caso de que

sea el redactor-jefe el que marque en cada original la página en que debe ir y el número de columnas que ocupará el título, limitándose el confeccionador a aplicar sobre estas normas sus conocimientos tipográficos y a cerrar también en la platina. Podrían citarse más procedimientos porque son varios los utilizados según la forma de organización de trabajo que rija en cada redacción.

Pero debo decir que el más lógico y eficaz es el que se emplea en mi periódico: el de la estrecha colaboración entre redactor-jefe y confeccionador y a él voy a referirme. Hago constar que no pretendo imponer mi criterio a este respecto y que sólo intento explicar un sistema por si alguien lo encuentra de interés; lo que sí quiero advertir es que algunos periodistas, a los cuales he visto sonreír con aire de superioridad al conocer el sistema citado, lo han aceptado plenamente cuando he tenido ocasión de trabajar con ellos, y han reconocido su indudable eficacia. Tampoco pretendo alzarme con la patente de este sistema: es, en realidad, el que se utiliza en muchos de los grandes periódicos del mundo, sin otras modificaciones que las que imponen las características de los periódicos españoles y que, más que modificaciones, podrían denominarse limitaciones, ya que todas las

empresas periodísticas nacionales, establecida la comparación con las de otros países, resultan en su capacidad económica y en su organización, empresas modestas.

Dos puntos básicos pueden establecerse en el sistema que voy a exponer:

1.º El ya mencionado de trabajo en equipo del redactor-jefe y el confeccionador.

2.º La permanencia del confeccionador en el periódico durante toda, o casi toda la jornada de trabajo.

Sobre el primer punto no juzgo necesario insistir más. A lo largo de la conferencia quedará expresada, en forma tácita, la necesidad de esta colaboración.

El segundo punto encuentra completa justificación en el concepto que tengo de la misión del confeccionador que no puede ni debe limitar su trabajo y su actividad a presenciar y dirigir el ajuste de las páginas en la platina. Estimo que el trabajo del confeccionador está dividido en tres etapas:

- a) Preparación de originales.
- b) Trazado de maquetas.
- c) Dirección del montaje de las páginas en la platina.

Aun cuando los dos primeros se realizan de manera casi simultánea, los

consideraré aquí de una manera aislada para facilitar la explicación de mis puntos de vista.

a) Preparación de originales.

Tal vez en esta primera etapa esté el secreto de la confección. El confeccionador debe enterarse del contenido del original que recibe. Debe saber lo que se dice en él y cómo se dice. No ha de limitarse a ver un número determinado de cuartillas con unos titulares formados por unas cuantas líneas. Es necesario que piense en el original, no sólo como en un conjunto material al que tiene que dar forma tipográfica, sino como en algo cuyo contenido necesita también, tipográficamente, una expresión adecuada. Podría sintetizar esta idea diciendo que el original tiene cuerpo y alma: a ambos corresponde una determinada forma y a ambos debe dedicar su atención el confeccionador. Sólo así podrá dar valor a una información con un sentido periodístico y un criterio tipográfico y artístico

Es necesario que conozca el espacio que ha de ocupar una información: su cuerpo; pero para conocer su importancia tiene que enterarse, siquiera sea en una mirada rápida, de su contenido, de lo que he llamado su alma.

El fallo de algunos confeccionadores está en no tener en cuenta lo ante-

riormente dicho. Esto puede comprobarse repasando algunos periódicos: aparentemente están bien confeccionados, bien medidos los títulos y las informaciones regularmente distribuidas. Pero falta algo y esta falta puede claramente apreciarse en la monotonía de los textos, todos iguales, sin la menor variación, sin que presenten ayuda ni aliciente a los ojos del lector. Si acaso se apreciará una preocupación, que como norma general es absurda, porque junto a una información compuesta en negrita, por ejemplo, vaya otra en redonda.

En este caso el confeccionador no cumple su misión: se ha ocupado exclusivamente del montaje de la página y tal vez de los títulos; pero no ha penetrado en el contenido de la información, ha resbalado sobre ella para no preocuparse más que de sus dimensiones materiales.

Como elemento de comparación podemos recurrir a recordar una emisión de radio con sus diferencias de voces, de tonos y de matices, pausas cortos intermedios musicales, etc. Este mismo criterio de graduación y variación debe aplicar el confeccionador al montaje de las páginas de su periódico. Títulos y textos han de hablar al lector, no sólo por lo que dicen, sino también por la forma tipográfica que se les ha dado. La acertada pre-

paración de originales es la base para lograr lo anteriormente dicho.

¿Cuáles son los recursos de que dispone el confeccionador para conseguir esta matización? La valoración de la noticia se gradúa:

1.º Por la página en que se coloca la información.

2.º Por el lugar de la página en que se sitúa.

3.º Por el tamaño, medido en columnas, de los títulos.

4.º Por la fuerza tipográfica, medida en puntos tipográficos, y por la mancha de la letra que se da a estos títulos.

5.º Por la fuerza tipográfica, medida también en puntos, de los textos.

6.º Por la variación de la medida a que se componen estos textos.

7.º Por la variación de la mancha de la composición de los textos.

8.º Recuadros, subrayados y otras formas especiales de componer, tanto para textos como para títulos.

Voy a referirme brevemente a cada uno de estos puntos, prescindiendo del primero y del segundo, de los cuales trataré al mismo tiempo que del trazado de maquetas.

El tercer punto, o sea, la medida en número de columnas de los títulos,

confirma mi criterio sobre la necesidad de colaboración entre el redactor-jefe y el confeccionador, y sobre la obligación que éste tiene de estar al corriente de los acontecimientos nacionales e internacionales en cualquier terreno que sea: político, cultural, etc., etc. Porque, naturalmente, quien puede y debe dar el valor a una información es el redactor-jefe; pero sería exigir demasiado sobre su ya improba labor. Existiendo por tanto, entre redactor-jefe y confeccionador, la compenetración de la cual he hablado, y confiando aquél en la capacidad y criterio de éste, puede descargar en él en lo que respecta a esta forma de valorar la noticia.

En cuanto a normas prácticas que se deban aplicar, poco es lo que se puede decir aquí. Dando por aceptada la diferencia clásica entre periódico de la mañana y periódico de la tarde, se sabe ya que el de la mañana es más sobrio y el de la tarde tiende a una mayor alegría tipográfica. Aquél, salvo que se trate de algo extraordinario, no suele rebasar el tope máximo de tres columnas para las noticias más importantes, mientras que el periódico de la tarde rebasa frecuentemente la mitad de la anchura de la página.

En este aspecto, cada periódico tiene sus normas particulares en las que influyen además otras de diferente



indole, como pueden ser el destacar con preferencia noticias de tipo político, bien nacionales, bien internacionales, o noticias religiosas, deportivas, etcétera.

Sin embargo se puede afirmar que hoy domina en todos los países la tendencia a destacar una sola noticia, que es la «noticia del día», valorándola, más que por su importancia en sí, por su importancia «en relación con las demás noticias de ese día». Este sistema, todavía no adoptado realmente en España, tiene una lógica explicación. Dado que el objetivo de la confección es servir al lector las noticias y ayudarle a leer el periódico, se entiende que al establecer una clara diferenciación tipográfica entre las informaciones de la página, puede el lector, sin esfuerzo alguno, en una ojeada, informarse de cuál es la situación del mundo en esas veinticuatro horas. Precisamente la tónica del día se la da el título principal del periódico por medio de la noticia destacada ese día. Si esa noticia no es muy importante, considerada de una manera abstracta, se sobreentiende que la jornada ha sido tranquila y que nada importante ocurrió en el mundo.

Es ridículo, por otra parte, pretender convertir el periódico en una página de la Historia. El periódico puede ser, y es, un documento básico para

que los historiadores estudien y analicen en él las diversas etapas de la vida de un pueblo, pero la colección de un periódico no es en sí un relato histórico sistemático y sistematizado. Tratar de ver el periódico de esta manera es absurdo y antiperiodístico. Lo periodístico es pensar que el periódico constituye la historia de un día, de cada día, como unidad de tiempo aislada. Y si se me apura mucho, pensando que hay periódicos de la mañana y de la tarde, se dará la definición exacta diciendo que el periódico es la historia de doce horas.

Los contradictores de este sistema de titulación a que me vengo refiriendo, han dado en calificarlo de sensacionalista. Constituye un error garrafal: el sensacionalismo no consiste en el tamaño de los títulos, mejor dicho, de un título, puesto que sólo se trata de destacar uno, sino en las informaciones de tipo sensacional que se publiquen. Por medio de estas informaciones es como el periódico sensacionalista busca impresionar a los lectores y prender su atención. Y esto por varios medios: buceo en las vidas ajenas, dar preferencia a la información de sucesos, etc., etc. Incluso en esta clase de periodismo no se vacila en provocar el escándalo.

No existen en España diarios sensacionalistas: calificar de esta manera

a un periódico por el tamaño de sus títulos, es un error, repito, y en un profesional del periodismo puede significar, además, una absoluta despreocupación por las tendencias de la técnica periodística en los países que el periodismo ha llegado a una envidiable grado de maestría, derivado, más que de una mayor capacidad de los redactores, de un más agudo criterio comercial por parte de las empresas y de la disposición de medios que no están a nuestro alcance, es decir: dinero y maquinarias de todas clases, desde el avión hasta las rotativas último modelo.

Al hablar de los títulos se plantea un problema, para mí lleno de interés, porque se trata de una cuestión de competencia. El confeccionador recibe las informaciones con los títulos ya redactados, como es natural. ¿Puede reformar estos títulos para adaptarlos a sus posibilidades tipográficas? La respuesta, a mi modo de ver, es ésta: puede hacerlo siempre que no modifique la substancia de los mismos. Ahora bien: ¿no sería necesario que en las plantillas de los periódicos españoles —en las de los periódicos de algunos otros países ya se practica este sistema— hubiese alguien con la capacitación necesaria para que colaborase con el redactor-jefe y el confeccionador en esta tarea? Constitui-

ría ésta una nueva especialización que habría de redundar, indudablemente, es beneficio del periodismo español.

Pero este tema de la titulación, para mí tan sugestivo, y que estimo cae dentro de los límites de la confección, alargaría demasiado esta conferencia, y requeriría en sí mismo todo el tiempo de que dispongo. Quede así, simplemente enunciado.

Paso ahora al punto cuarto.

El valor que se concede a los títulos se basa, no sólo en la anchura que tengan sino también en la fuerza de los tipos de letra que se empleen, medida en puntos Didot, o tipográficos. Es decir, que se trata, dentro de los títulos que comprendan un mismo número de columnas, de establecer una mayor matización por medio de la diferencia de los cuerpos empleados. Podría fijarse a «grosso modo» una escala de dichos cuerpos según el número de columnas que tengan los títulos pero, sobre no resultar de interés en este momento, esto también está sujeto a las características especiales de cada periódico. Lo que sí quiero decir es que, en lo que se refiere a este punto, a la elección de cuerpos en su justa medida, necesita también el confeccionador poseer una aguda sensibilidad, mayor tal vez que en el caso anterior. Aquí sí que es absolutamente necesario que se descurra!

por sus propios medios, ya que resultaría ridículo que tuviese que acudir al redactor-jefe, cuando lo normal es lo contrario.

He citado también en el punto cuarto que otro de los elementos que se manejan es la mancha de la letra. Se trata todavía de una más fina matización: establecida la diferencia e igualdad de columnas, se trata ahora de establecerla a igualdad de columnas y cuerpos, y aplicar un tipo de letra que encaje con el valor de la noticia y, si es posible, con la clase de noticia. Es decir, que haya una correspondencia entre el trazado de la letra empleada en los títulos y el contenido de la información.

Naturalmente que esto no es siempre posible; sólo en determinadas informaciones preparadas con alguna anticipación se puede lograr cuando no actúan limitaciones materiales, como, por ejemplo, falta de variedad en las familias tipográficas disponibles, y, sobre todo, limitaciones de tiempo.

En este aspecto no podemos llegar en los periódicos diarios a la rigurosidad que se marcó a sí mismo Frassinelli, el gran tipógrafo italiano, que creó una serie de tipos para expresar sentimientos y sensaciones concretas. Voy a citar algunos de estos tipos: el «doloroso», con letras retorcidas, como estremecidas; el «aterrorizado»,

de letras temblorosas; el «amoroso», dibujado a base de flores y pámpanos; y otros varios más que no recuerdo en este momento.

En el punto quinto se refiere a la fuerza tipográfica, medida en puntos de los textos; es decir, por el cuerpo utilizado para componerlos. Se suelen utilizar los del 6, 7, 8 y 9; más corrientemente los del 7 y el 8. Es natural que a un mayor tamaño corresponda un mayor destaque de la noticia. Es obligación del confeccionador marcar con mayor cuerpo la parte que ofrece mayor interés y nada más que ésta. Si destaca todo, o mucho, lo que hace es realmente no destacar nada.

En cuanto a los puntos sexto, séptimo y octavo, puesto que todos ellos se refieren también a los sistemas de valoración en los textos, y analizarlos uno por uno exigiría demasiado tiempo, voy a comentarlos en conjunto. Se refieren a la variación en la medida y a la variación en la mancha.

Supongamos que se trata de componer a una, dos o tres columnas, una parte del texto. No digo cuatro columnas porque, sobre todo si se emplean cuerpos del 7 y del 8, resulta molesta la lectura por la exagerada longitud de las líneas. Salvo casos excepcionales, esta mayor medida del texto sólo se puede aplicar a su primera parte; fácilmente se comprende

que un texto que comienza, y está en su mayoría compuesto a una columna, por ejemplo, confunda al lector si en su mitad pasa, por sólo unas líneas, a ser compuesto a dos. Entre los casos que pueden considerarse como excepción se encuentra aquél en que esta diferencia de medidas se emplea para recorrer un grabado, un recuadro, etc.

La variación de la mancha se hace empleando con criterio periodístico la clara diferencia que se establece entre líneas compuestas en negrita, redonda o cursiva. Insisto en que esta diferenciación ha de realizarse con verdadero criterio periodístico, destacando solamente lo que en realidad se haya de destacar, y no haciéndolo a ojo con la única finalidad de que resulte bonito. En una información compuesta en redonda, solamente deben de ir en negrita las líneas que merezca la pena hacer resaltar.

Parte esencialísima de los textos es el «lead», extracto o substancia de la información, que encabeza ésta y que ha de constar del menor número posible de palabras. El «lead» debe componerse siempre en mayor cuerpo que el resto del texto. Es suficiente que este cuerpo sea dos a cuatro puntos mayor, es decir, que si el texto se compone del cuerpo 8, el «lead» irá del cuerpo 10 o del 12.

Otra parte esencial del texto son los

ladillos o pequeños títulos que van intercalados en la información. Su tipografía debe tener la suficiente fuerza para conseguir que la vista del lector descanse al llegar a ellos y para que le sirvan de orientación en la lectura del periódico. Normalmente se emplea el mismo cuerpo que para el texto, pero utilizando exclusivamente las letras versales. En los grandes reportajes, seriales y otras informaciones de este tipo se emplea mayor tipografía llegando, incluso, hasta el cuerpo 24 o el 36.

Es frecuente que cuando se trata de un texto grande que ocupa varias columnas se diga que es necesario componer estos ladillos a dos o tres columnas «para que resulte la página más movida». Esto constituye un sacrificio de la estética del que no soy partidario. Con estos cortes a dos o tres columnas no se suele conseguir otra cosa que incomodar al lector y estorbar la lectura a causa de los saltos que se producen inevitablemente.

Las otras formas especiales a que me refiero en el punto octavo son los recuadros, subrayados de líneas, sangrados, etc. Sobre ellos debo decir que el confeccionador ha de utilizarlos con la necesaria medida y el suficiente buen criterio para que, en efecto, sean medios para destacar informaciones



completas o sectores parciales de informaciones.

Tras esto paso a la segunda etapa de la confección: el trazado de maquetas, que no consiste en otra cosa que en dibujar el boceto de cada una de las páginas. Ya he hecho constar que, en la práctica, el trabajo indicado en el punto anterior: preparación de originales, se realizaba al mismo tiempo que éste. El confeccionador recibe el original que le entrega el redactor-jefe; lo estudia rápidamente, marca en él la tipografía, lo sitúa en la maqueta de la página y lo envía a la imprenta. Realiza de esta manera la valoración de la noticia a la que me referí en los puntos primero y segundo: valoración por la página y por el lugar de la página en que se coloca la información.

La maqueta actúa así en la memoria del confeccionador que puede ver de una ojeada, en cada momento, la situación de la página. En ella puede detallar, si le interesa, la familia y cuerpo de los titulares y de los textos y el espacio que ocupa cada original, así como la proporción de los grabados cuyas medidas constan anotadas en cualquier lugar de la maqueta para situarlas luego en donde juzgue conveniente.

En las maquetas podrá hacer la distribución de la publicidad una vez

que haya recibido de la sección correspondiente la nota sobre la contratada para ese día. Sirven también para calcular la cantidad del original enviado a la imprenta y, por lo tanto, el confeccionador está en situación de reclamar mayor cantidad o, en caso contrario, solicitar del redactor-jefe que se extracten los originales. En un momento determinado, si sus superiores lo solicitan, podrá someter las maquetas a éstos para su aprobación o para hacer las modificaciones que ellos consideren necesarias. Y así, como indiqué al principio, si se hace necesaria una modificación fundamental de una o varias páginas, bien por exigencias informativas, bien por órdenes superiores, la maqueta ayuda al confeccionados a rehacer la página aprovechando en lo posible el material ya compuesto con el consiguiente ahorro de tiempo.

Pero sobre todo servirá la maqueta al confeccionador para conseguir una página armónicamente concebida en la cual conjugue los dos criterios anteriormente citados: el periodístico y el artístico. Que el interés periodístico se aúne con la belleza plástica sólo se hará posible gracias a una adecuada distribución de las informaciones y a una aplicación inteligente de la tipografía.

El secreto de la confección está en

saber aplicar ambos criterios en su justa medida, pero sin que el confeccionador olvide que es, ante todo, un periodista que está haciendo un periódico; es decir, que en última instancia y cuando ambos criterios se manifiesten como contrapuestos, el que ha de predominar es el periodístico. Dibujar una página pensando únicamente en su apariencia, por importante que ésta sea, trae, a la larga, resultados catastróficos para un periódico.

Esto me hace aludir a un tópico que se utiliza mucho en los periódicos para referirse a la confección de sus páginas. Para elogiar una página se dice que ha quedado «muy movida» o, como reproche, que ha quedado «poco movida», refiriéndose con ello a que se hayan cortado o no los corondeles. Para los partidarios de esta teoría hay una correspondencia entre el número de veces en que se realicen estos cortes y la armonía del conjunto de la página. Esta teoría, que está más que rebasada en las modernas técnicas de la confección, tiene, desafortunadamente, todavía partidarios, y su práctica lleva, con harta frecuencia, a prescindir del criterio periodístico para fijarse exclusivamente en el artístico. Así se puede observar que en muchas ocasiones se concede a los titulares una medida mayor de la que,

en virtud de su interés, les corresponde, con el solo objeto de que esta medida permita el corte de determinados corondeles. A estos casos quería aludir al indicar que un confeccionador no debe olvidarse nunca de que es, ante todo, un periodista.

Insisto en que en estos casos lo que ocurre es que no se han estudiado debidamente los efectos ópticos de las manchas que constituyen los títulos y grabados. La equilibrada distribución de ambos produce roturas ópticas de corondeles sin necesidad de llegar al corte material. Con ello se conseguirá mayor belleza y armonía sin incomodar al lector con los cortes prodigados y sin recurrir a la adulteración del valor periodístico de las informaciones.

Otro problema que se plantea al confeccionador con frecuencia, podría decirse que varias veces al día, es el de las vueltas. Mi criterio es que una información, salvo contadas excepciones, debe terminar en la página que empieza. Por circunstancias especiales que analizaré brevemente, se hace necesario prescindir de este criterio en lo que respecta a la primera página, pero no en las otras.

Dije al principio que el «descubrimiento» de la primera página condujo a la selección de las noticias que habían de insertarse en ella, convir-

tiéndola así en lo que, con gran acierto, se ha dado en llamar «el escape del periódico», en el cual se coloca lo mejor y la más importante de cada día. Algunas veces abunda el material seleccionado, mientras que, claro está, la capacidad de la página permanece inalterable. No hay entonces más que dos soluciones: continuar las informaciones en otra página o re-dactarlas en menos líneas. Pero la aplicación de la norma norteamericana: «comiencen lo más cerca posible del punto final» no se sigue con suficiente fidelidad. Tal vez no se trata solamente de que resulta más difícil, en igualdad de circunstancias, expresarse en forma sobria y condensada, o diho vulgarmente, escribir corto que largo, sino que parte de la responsabilidad corresponda a las administraciones de periódicos que parecen empeñadas en medir con una cinta métrica el valor de una información en lugar de pensar en su interés o en el esfuerzo que ha costado conseguirla.

Podría extenderme más sobre este punto —trazado de maquetas—, pero tiéndola así en lo que, con gran acierto creo que estoy abusando de la paciencia de ustedes. Quiero solamente añadir que los más importantes técnicos en tipografía encarecen en sus libros que, para realizar cualquier trabajo de imprenta, aun cuando se trate del más

sencillo, se dibuje previamente un boceto o maqueta. Si así se ha de hacer en estos los casos, con cuánta mayor razón para planear algo mucho más complicado como es la página de un periódico.

Paso ahora a hablar de la tercera y última fase de la confección: el montaje de las páginas del periódico en la imprenta.

El confeccionador ha enviado a la imprenta las maquetas ya trazadas y con ellas como guía van trabajando los ajustadores. El confeccionador pasa a convertirse en un elemento casi pasivo: su misión se reduce a facilitar la labor de los ajustadores, atendiendo las consultas que le hagan y resolviendo las pegas que se puedan presentar. Naturalmente que las pegas serán mínimas si las maquetas están bien trazadas y los ajustadores conocen y aman su oficio y su trabajo.

Quiero en esta ocasión rendir tributo de afecto, admiración y agradecimiento a los tipógrafos con los que he tenido ocasión de trabajar en el curso de mis actividades profesionales. He encontrado siempre en ellos verdaderos amigos que a la hora del trabajo han dejado a un lado preocupaciones y fatiga para entregarse a una leal y efectiva colaboración. ¡Cuántas veces son ellos los que evitan un error o resuelven un problema sin que haya el

menor interés ni vanagloria en el servicio que prestan! Ellos, los hombres del plomo, son los mejores y más leales colaboradores del periodista. De su preparación profesional, de su amor al oficio, de su sentido de la responsabilidad y de su inteligencia, depende, en gran parte, el éxito de la labor del confeccionador. Ellos han suplido muchas veces, con su ingenio y con su esfuerzo, las deficiencias y escasez de materiales de nuestras imprentas, manteniendo viva la tradición sobre la excelente calidad de los operarios de Artes Gráficas españolas.

Allí, en la imprenta y con estos hombres, termina la labor del confeccionador. Siguiendo la definición de la Academia de la Lengua, no se puede decir que éste haya «hecho, compuesto, acabado, una obra material»; tampoco, según el sentido que se desorende de la denominación francesa, se ha limitado a «poner en página» un material ya compuesto; ni ha «armado el periódico» como indica la expresión hispanoamericana. El confeccionador, en el cumplimiento de su misión, ha ido tomando informaciones, las ha ordenado, les ha dado forma, para lograr, con las líneas rojas y azules de su lápiz darles una vida distinta. Así, como quien teje una tela, hilo a hilo, se hicieron las páginas del periódico.